El significado perdido

Rebeca Alvarez

Capítulo 1

El armario estaba lleno de polvo cuando abrió las puertas de madera carcomidas por polillas, las delgadas tiras amenazaban con rendirse al más mínimo contacto pero resistieron una vez más ser abiertas. Había una capa de nieve gris tan pesada que inmovilizaba todo sobre lo que había caído; ropa vieja, cajas de zapatos, alhajeros, espejos rotos. Todo lo que apenas se podía ver parecía haber estado dormido por muchos años. Mina tomó con cuidado las hojas de papel que sobresalían en el suelo del armario, las llevó con movimientos lentos hacia la entrada de luz más cercana y pasó su mano para retirar la gruesa capa provocando una nube de pequeñas partículas alrededor. El contenido de las páginas no se veía muy bien, en la parte de abajo se alcanzaba a leer "…con amor, Dia..", parecía una carta de amor o alguna cosa de esas. La miró con detenimiento y con el mayor cuidado la metió entre las portadas de un viejo libro ya sin hojas.

De pronto se escuchó un fuerte eco en uno de los muros y este se vino abajo levantando olas de polvo y crujidos en todas partes.

Maldición. – se agachó y se cubrió la cabeza inútilmente con las pastas del libro al mismo tiempo que se arrinconaba contra la otra pared pero no pasó nada más y de un momento a otro todo quedó en silencio de nuevo.

Se puso de pie y miró alrededor. Los pedazos del muro que había caído estaban esparcidos en el suelo, rodeándola como acusándola de invadir la calma del lugar olvidado. Mina cogió su mochila y con movimientos rápidos pero sigilosos sacó del armario todo lo que pudo encontrar y salió como un roedor por entre el jardín, subió al auto con un movimiento felino y puso en marcha el motor que de inmediato la llevó a la carretera.

El sol hacía arder el pasto amarillento que casi cubría todo el asfalto donde el auto pasaba con esfuerzos. Mina disminuyó la velocidad, no quería que en sus intentos de llegar lo más rápido a la base la mercancía se dañara. Había sido un buen día, encontrar una casa de las afueras de la ciudad que estuviera casi intacta no era cosa de todos los días.

Mientras sostenía el volante con una mano, pasó la otra por encima de la caja en la que había guardado los tesoros descubiertos, reposando sobre el asiento del copiloto, inmóvil y misteriosa esa caja contenía más de lo que cualquiera pudiera ver a simple vista, hacían que esa simple caja de cartón fuera tan profunda como el mar que esconde los tesoros caídos entre oscuridad y pesada arena.

Hoy tuve suerte. – murmuró para sí misma, y un escalofrío recorrió su

cuerpo.

El cielo se veía tan profundo y tranquilo que las nubes a los lejos parecían de otra dimensión. Era tonto recordar la frase que su abuela repetía en momentos como estos de relativa calma. "Cuando todo está saliendo bien me preocupo, pues no tarda en suceder algo malo" decía siempre, refiriéndose a que la vida era toda una serie de altibajos y si en algún momento estabas arriba, no tardarías en caer. A pesar de ser un pensamiento tan pesimista, había algo de verdad en esa simple frase y Mina ya antes lo había comprobado, eso la hacía titubear al recordar el camino tan fácil que había llevado desde la salida de la base hasta este regreso tan tranquilo. Sin percances como saqueadores de caminos o esos molestos "aktos" que se hubieran cruzado en su camino, la carretera parecía conducirla a una trampa mortal. Los aktos aparecían en todas partes, se creían una especie de policías de la zona y sin ninguna autoridad ni permiso se daban a la tarea de "resguardar los vestigios de la humanidad". Casas viejas como la que había encontrado, construcciones, utensilios, todo lo que perteneciera a la vieja época estaba custodiado por esos hombres y mujeres. Era tal su creencia en esta "misión", que nadie les había encomendado, que las consecuencias no estaban medidas y ya se habían escuchado los rumores de las desapariciones, todas relacionadas con dos variables: una persona que había salido de la base y un aktos.

Claro, había veces que algún buscador encontraba estos preciados objetos antes que los "aktos" y era ese el momento de llevarse todo para poder venderlo en el mercado negro. Si la casa o el lugar estaban marcados con un dibujo de una pluma negra, solo debías seguir y tratar de no enfrentarte a ninguno de esos dementes. Lástima que Mina regresaba a la base y no podía llevar grandes cosas, había tenido que dejar muchas que podría vender a muy buen precio. Si hubiese salido más temprano se hubiera tomado su tiempo para indagar con calma por el lugar y después podría haber ido a la bodega de Shon y guardar toda la mercancía. "Maldito Erick" pensó, no se había despegado de ella toda la mañana y por eso retrasó su salida de la base al menos dos horas. Además el estruendo del muro que se vino abajo debió haber llamado la atención a quienquiera que hubiese estado cerca. Si acaso tenía más tiempo, ese incidente se lo arrebató. No podía arriesgarse más. De pronto el cielo se tornó gris y el aire silbó en la ventana del auto. Mina tomó el volante con las dos manos, miró hacia todas direcciones y al mirar por el espejo retrovisor se mordió los labios. A unos tres kilómetros de ella un auto se acercaba a gran velocidad.

Capítulo 2

Creo que está en la sección C….3 – dijo Abner, intentando no mirar a los ojos de Erick mientras este último lo sometía a un interrogatorio.
No mientas…solo dime a dónde fue. – Erick no quería espantar al niño de apenas diez años de edad pero ya estaba demasiado preocupado por Mina.
No lo sé- dijo el niño dando media vuelta.

Se sentía igual de preocupado pero su hermana siempre llegaba a salvo al final de todo. No importaba lo mucho que tardara siempre llegaba y estaba con él para la cena.

Abner…mira… en cinco minutos estaremos cenando y como siempre pasarán lista a los presentes…si averiguan que Mina no está esto se hará más grande y…

Los hombros del niño que seguía dándole la espalda de pronto empezaron a subir y bajar acompañados de un sollozo casi imperceptible.

Abner…
No sé dónde está ¿Sí?, solo sé que llegará para la cena. – Abner volteó y secando las lágrimas que rodaban por sus redondas mejillas se fue corriendo a la sala de alimentación.
Maldición.

Erick supo que algo andaba mal desde que vio a Mina por última vez en la mañana. La había percibido con alguna especie de apuro, miraba hacia todos lados y le sonreía cada vez que la miraba, ¡tonto¡, ¡lusionándose como un estúpido, pensando que tal vez ella había reconsiderado y ya lo miraba con nuevos ojos cuando solamente le sonreía para mostrarle una falsa confianza y poder salirse con la suya. Seguro había salido de la base pero… ¿A dónde había ido? Ya era la tercera vez que se enteraba de sus salidas secretas pero quién sabe cuántas veces más lo había hecho en el pasado.

Caminó lentamente hacia el área de alimentación o al "comedor" como antes se le llamaba. La nueva tarea que les habían asignado era la de llamar a las cosas y lugares por su antiguo nombre, el que se utilizaba antes de la catástrofe que empujó al 98% de la población a la extinción tantos años atrás. Sabía que debía perfeccionar su vocabulario, en la base espacial se utilizaban solo nombres técnicos para referirse a las cosas, así se evitaba errores de información con todos los sinónimos que existían en el habla antigua. Guardó sus manos en los bolsillos y miró al cielo sin dejar de caminar… la base espacial…su antiguo hogar. En el cielo aún se miraba un pequeño objeto flotando en medio de la nada. El lugar dónde la humanidad se había salvado de su inminente fin seguía ahí como un

recuerdo borroso y furtivo que rondaba las cabezas de los ahora mundanos habitantes de la tierra.

Apenas 13 años atrás se había dado a conocer la noticia en la plataforma flotante que el mundo por fin era de nuevo habitable para la especie humana. Que esta arca iba a tocar tierra y que la vida de hace 60 años iba a ser de nuevo lo que en un principio se intentó salvar. El fin se había logrado, el resguardo de la especie humana había sido un éxito, ahora la fase final iba a comenzar. La euforia estalló, las personas que habían conocido la tierra antes de la base espacial comenzaron a hablar abiertamente de todo cuanto recordaban, a veces era historias similares o sin sentido cuando los viejos las relataban pero todos las escuchaban expectantes, imaginando cada uno de los pocos detalles que salían de esas bocas. Todo iba conforme a lo planeado, hasta que un comentario infantil surgió en una de las reuniones, el de un niño de 7 años: "A mí me gusta la plataforma, yo me quiero quedar aquí". El silencio heló la sala por minutos pero después las risas despertaron y siguió todo como antes. La felicidad y la agitación siguió embriagando a las personas, pero ahora también estaban preocupadas, generaciones que habían crecido entre pisos brillantes de la unidad espacial, luces y puertas automáticas, todo un mundo lineal y límpido, mirando un orbe azul frente a la ventana que con un botón oscurecían antes de dormir, sabiendo que el día y la noche se hacían a merced del movimiento que ordenaban los operadores de la unidad y no de una fuerza mayor fuera de las manos de los propios humanos. Todas esas cabezas vírgenes del conocimiento de la vida antigua parecía ahora un problema importante ante los ojos de las viejas generaciones que aunque fuera por poco tiempo habían conocido un mundo rocoso, húmedo, caluroso, frío y lleno de olores, sabores y colores que no tenían en la estación. Los nuevos humanos que poblarían la tierra otra vez… ¿la apreciarían o la maldecirían? ¿Tendrían que ser obligados a vivir en el suelo que los vio nacer como especie o tal vez regresarían por su propia cuenta a la unidad espacial reconociéndola como su legítimo hogar? ¿Entenderían que pertenecen a la tierra o se considerarían otra raza o especie?

Todas las preocupaciones provocaron una ola de histeria que hizo que las generaciones antiguas comenzaran a contar historias a sus hijos, a forzarlos a decir o actuar de un modo que la tierra aceptara para poder poblarla. Esta conmoción creció tanto que las personas mayores fueron separadas de los niños, niñas y adolescentes con el fin de detener el tumulto antes de comenzar los preparativos para la operación "regreso". Así fue como Erick , Abner y Mina perdieron a sus padres antes de saberlo.

Ahora la estación espacial se veía tan lejana que Erick ya no pensaba en regresar. Tenía apenas 8 años cuando las naves entraron a la atmósfera terrestre con él como pasajero. Ya había pasado mucho tiempo e incluso

hoy no podía definir en qué lugar estaba viviendo.

La luz se comenzó a esfumar y las luces de las casas se prendieron al mismo tiempo. Era la hora de la cena.

Mina. – dijo apretando los puños dentro de las bolsas de su pantalón.
Rápido, no llegaremos – escuchó Erick a su lado y vio pasar a alguien. Esos cabellos rojizos no podían ser de otra persona.
¿Mina? – preguntó con temor que no fuera ella.

Mina volteó y lo miró con un gesto de ruego que Erick entendió perfectamente: "ahora no me preguntes". Llevaba la cara sucia y con un poco de sangre ya seca en el labio inferior.

Está bien – dijo Erick y la siguió a la sala de alimentación, no, al comedor.

Capítulo 3

La cena comenzó sin contratiempos, Mina tomó un poco de agua para lavarse la cara y se secó con una servilleta antes de que pasaran a dejar la comida en la mesa. Después todos silenciaron los comentarios que inundaban en salón y miraron al frente esperando las palabras del hombre con el micrófono.

Amigos, damos la bienvenida de nueva cuenta a la hora de la cena a todos los presentes donde podemos conversar y hacer surgir nuestras diversas dudas y comentarios para que esta sociedad se construya de la mejor manera posible, siguiendo las formas de la sociedad antigua. – miró sobre las cabezas de todos los presentes y levantó la copa de agua que sostenía con la otra mano. – Salud.

Era una de esas palabras que se utilizaban antes de ingerir una bebida pero la utilidad de hacer eso nadie la entendía, no aún, aunque todos imitaban el gesto y bebían un sorbo de agua. Luego se escuchaba una voz metálica que comenzaba a nombrar a los presentes a lo que estos debían contestar con un fuerte "sí" y alzar un brazo apuntando al cielo. La voz contestaba "gracias" y seguía con el siguiente nombre de la lista. Mina esperó en silencio y cuando la voz la llamó, contestó con la normalidad de siempre, fuerte, claro, y levantó su brazo derecho. Era un identificador de voz, ninguna ausencia pasaría por desapercibida, se alegraba de haber llegado a tiempo. Miró a Abner que estaba sentado a su lado, los dos casi a la orilla de aquella larga mesa blanca en la que estaban sentadas todas las personas a las que conocía en el mundo entero.

Abner… - comenzó a decir Mina, quería decirle que no se preocupara, que le explicaría más tarde lo que había sucedido. Pero cuando el niño la miró, ella supo que no estaba temeroso, que confiaba más en ella de lo que debía.

Siguió entonces el nombre de Erick, una voz varonil respondió desde el otro costado de la mesa en que Mina estaba sentada y recordó que también debía una explicación a aquel joven que se preocupaba tanto sin razón, que la acompañaba a cualquier lugar sin pedírselo y que pedía más de lo que ella le pudiera dar. Respiró profundo y miró al techo formado por una capa de cristal que permitía ver a los comensales la cúpula estrellada. Una imagen de melancolía se escondía en las estrellas y la luna plateada. Mina comenzó a unir los puntos brillantes trazando caminos imaginarios, sabía que debía dos explicaciones diferentes entre sí, una sería la verdad y otra sería la verdad imaginaria, una mentira verdadera como solía decir su abuela.

La cena terminó y las palabras de los vecinos comenzaron a hacerse notar, uno quería más espacio para su patio, otro que su hijo tuviera un

lugar donde jugar otro que reprendieran al de al lado por sus excluyentes saludos matutinos, y mientras todos hablaban sobre sus problemas dos mujeres escribían en la computadora de mano las direcciones de las personas que hacían la queja. Era tan sencillo, quejarse y al siguiente día una mujer de servicios sociales aparecía en tu apartamento, examinaba tu petición y te hacía ver lo errado que estabas o en el mejor de los casos te ayudaba a solucionarlo. Vestidas en color gris y blanco siempre se veían entre los pasillos con sus faldas cortas y tacones. Tocando de puerta en puerta con una sonrisa en los labios mostrándose orgullosas de su labor ayudando a los habitantes.